

# El planeta

Víctor Hugo Fernández



# Capítulo 1

## El planeta

Martín había logrado aterrizar en el nuevo planeta de la constelación Andrómeda.

Sin prisa pero con decisión y luego de haber confirmado la atmósfera del planeta, bajo de la nave con el casco en el brazo. Lo primero que sintió fue una brisa que soplaba desde la planicie, era fresca y sin rastros de contaminación como alguna vez lo fue en la tierra. A lo lejos pudo ver plantaciones de frutas, que si bien no las conocía supuso que sabrían bien. Sin perder tiempo y dado que la gravedad del planeta era menor al de la tierra, con un par de saltos logró llegar a los árboles y acercándose a uno, cuya fruta tenía la forma de una pera aunque un poco más alargada. Se animó a probarla, en seguida le invadió un sabor muy parecido al maracuyá. Al tacto, era suave y de un color naranja vivo, lo que no esperaba era la cantidad de colores y sonidos que empezó a sentir: evidentemente tenía propiedades psicodélicas. En ese momento vio un portal con forma de espejo que lo invitaba hacia otra dimensión, permitiéndole ver un mundo alternativo. Verdaderamente era una delicia para los sentidos. Allí vio plantas gigantes, mariposas como águilas, ríos del tamaño de mares, había dos lunas y un gran sol. Siguiendo la marcha se encontró con un gnomo que levantando la mano le pidió que se acercase. Martín, sin mucho problema, se trasladó hacia él y cuando ya estaba cerca le preguntó qué necesitaba. El gnomo lo miró y con tono serio le cuestionó por qué había arrancado la fruta del árbol. Martín con orgullo de su trabajo se justificó diciéndole que era su deber estudiar, etiquetar y cuantificar las especies de ese planeta. Pero al gnomo no le conformaron sus argumentos y con un chasquido de los dedos, Martín quedó ceñido a un madero en el medio de un desierto. Despojados de su traje y solo con su ropa interior, podía observar unos círculos en el cielo que hacían unos pájaros semejantes a buitres y que, acercándose a él, le picoteaban sus hombros, arrancándole pedazos de piel. Con cada picotazo el dolor se intensificaba al igual que el sol abrazador y una sed insaciable se apoderaba de él. En vano pidió ayuda, nadie lo escuchó. Al día lo sucedió la noche con un frío intenso que calaba sus huesos mientras él gritaba de impotencia; con la llegada de la mañana, retornó el calor abrasador y esas malditas aves. Llegado el mediodía vio a lo lejos una figura que se acercaba: era el gnomo. Traía una fruta, pero no era cualquiera, era nada más y nada menos que la pera de forma alargada y se la ofreció a Martín; éste se negó rotundamente a probarla. El gnomo esbozó una sonrisa y sin más volvió a chasquear los dedos. Martín otra vez con su traje espacial y contemplando la fruta que pendía del árbol, esta vez y sin dudar, olvidó sus órdenes y dándose vuelta sin tocarla se dirigió a la nave con una sonrisa.